

**Edgar, compañero del alma,
compañero...**

Por Jorge Tua Pereda

*En Orihuela, su pueblo y el mío,
se me ha muerto, como del rayo,
Ramón Sije, con quien tanto
quería.*

Cuando el resuello se hiela y
corta como cien cuchillos,
cuando el aliento es puro dolor,
cuando apenas queda fuerza
para hablar, cuando las palabras
se quedan cortas y hasta sin
sentido, quizás haya que recurrir
a los poetas, en la seguridad de
encontrar testimonio de que no
estamos solos en el sufrimiento;
cobijarse tras la poesía en
búsqueda de las huellas y de las
emociones de quienes, pasando
por trances similares, sintieron
también el mismo desgarró, y
fueron capaces de expresarlo en
versos hermosamente doloridos.

Estremecedora es, sin duda, la
Elegía Miguel Hernández, a la
vez que inmensamente bella. La
frase de la entradilla, con la que
he empezado este escrito, ocupa
en el poema el lugar en que a
veces se colocan las
dedicatorias. En cualquier caso,
expresa con contundencia el
dolor de Miguel Hernández ante
la muerte de Ramón Sije,
compañero del alma,
compañero. Me valgo de ella
para expresar el mío ante la
pérdida de nuestro amigo y
maestro Edgar Nieto.

Los poetas tienen sobrada
habilidad para comunicar sus
emociones poniendo, tal vez sin
darse cuenta, cada palabra en el

sitio adecuado. "Se me ha
muerto". A mí. Se me ha muerto
a mí. Era mi amigo. Es la
individualización de la
universalidad. Porque se nos ha
muerto a todos. A todos, pero a
cada uno de nosotros. A todos,
pero individualmente. Uno a uno.
Era nuestro amigo.

Con quien tanto quería!!!. No
solo a quien tanto quería, sino
bastante más. Con quien tanto
quería!!!. Con quien tanto
queríamos todos. Queríamos con
él. Queríamos a la familia;
queríamos a los amigos y a la
amistad; queríamos a la
profesión; queríamos al azul del
cielo; queríamos a la primavera y
al otoño; queríamos al tintico y a
la música vieja; queríamos a los
guadales; queríamos a los
viajes y a los recuerdos de los
viajes; queríamos al roncito de
Caldas y al ajiaco, a la bandeja
paisa y al arroz con coco, al
sancocho y a la mazamorra;
queríamos a nuestra gente, a
nuestras pequeñas cosas, a los
insignificantes detalles;
queríamos a la sabana y a los
cerros de Bogotá, al Chicamocha
y al Magdalena; queríamos la
gramola y las monedas de un
peso para alimentarla;
queríamos el Caribe y el Pacífico;
pero también el Mediterráneo;
queríamos el taparroja en un
bulto de papa y los oropeles de
mas alturas y, por qué no,
también de menos; queríamos
las noches de Cartagena, pero
también las de Madrid;
queríamos a nuestro entorno
cercano, atesorado y mantenido
con mimo, con esfuerzo, con
esmero, con afecto, con extrema
dedicación... queríamos a la

vida!!!.

Y queríamos a las personas y a
las cosas no solo su valor en sí
mismas, sino por el gusto de
compartir, de disfrutar en
común, de sentir al unísono el
valor de la amistad, el calor de la
cercanía, la alegría de los
reencuentros. Queríamos por el
inmenso placer, de querer en
común.

Y seguimos queriendo a la vida,
Edgar, pero nos va a costar
quererla en solitario, en el
enorme vacío de tu ausencia.
Nos queda un consuelo: siempre
nos diste una magnífica y
permanente lección de vida y eso
no hay quien nos lo quite.
No compensa. Preferiríamos
tenerte a ti, pero nos queda el
valioso tesoro de tu recuerdo, de
tu obra, de tu ejemplo y, sobre
todo, de tu amistad.

***Temprano levanto la muerte el
vuelo,
temprano madrugó madrugada,
temprano estas rodando por el
suelo.***

Temprano. Como Ramón Sije.
Prematuramente. Injusto es,
muchas veces, el destino.
Aunque tu tesón, tu capacidad
de trabajo y tu entusiasmo por la
vida hayan hecho posible que
dejes tras de ti, hasta el último
momento, un enorme caudal y
un inconmensurable ejemplo.
Federico García Lorca escribió el
"Llanto" por la muerte de su
amigo el torero Ignacio Sánchez
Mejías. Otra vez me apropio,
como aquel simpático cartero de
Neruda, de la poesía de los
poetas para expresar mis

sentimientos. Pero no es difícil pensar en ti, Edgar, cuando uno lee estos versos. Seguro que Federico también pensaba en personas como tú.

**No hubo príncipe en Sevilla
Que comparásele pueda
Ni espada como su espada
Ni corazón tan de veras.
Que gran torero en la plaza!
Que gran serrano en la sierra!
Que duro con las espuelas!
Que blando con las espigas!
Que tierno con el rocío!
Que deslumbrante en la feria!
Que tremendo en las últimas
banderillas de tinieblas!.**

Jorge Manrique también nos dejó, hace más de quinientos años, su emocionada glosa de la fecunda vida y de la valerosa muerte de su padre, narrando la manera en que su corazón de acero afronta con hidalguía su postrer trago:

**Después de puesta la vida
Tantas veces por su ley
Al tablero;
Después de tan bien servida
La corona de su rey
Verdadero;
Después de tanta hazaña
Que no puede bastar
Cuenta cierta,
En la su villa de Ocaña
Vino la muerte a llamar
A su puerta,
Diciendo: Buen caballero,
Dejad el mundo engañoso
Y su halago;
Vuestro corazón de acero
Muestra su esfuerzo famoso
En éste trago;**

Que tremendo con las últimas
banderillas de tinieblas!!!. Esta
es, mí querido Edgar, tu última

lección como profesor
universitario, como maestro de la
vida: la de tus últimas
banderillas de tinieblas.

He tenido el honor de escucharte unas cuantas lecciones en público, siempre magistrales; he tenido la suerte de que me hayas impartido otras, no menos útiles, en el trato diario, en tu conversación, siempre amable y atenta. Lecciones, estas últimas, sobre el saber ser, sobre el saber estar, sobre el saber darse a los demás; lecciones sin proponértelo, sin enunciar previamente la materia y el programa. No obstante, para mi tu lección mas valiosa es la definitiva, la postrera, la de las banderillas de tinieblas. Es en este trance, como tal vez diría Jorge Manrique, donde mejor se miden los caballeros, donde de veras se muestra la bonhomía, donde aparece el talante de los fijosdalgo en toda su grandeza. Me la impartiste por teléfono, la última vez que hable contigo, seguro que sin voluntad de presentarla como tal lección.

Nunca olvidare tu serenidad ante el infortunio, tu templanza ante la enfermedad, tu tenaz voluntad de lucha, tu ánimo, tu valentía, incluso tu alegría, tal vez tu esperanza, que no daba pie al desaliento. Deseche cualquier mal presagio. Edgar es capaz de ganar la batalla!!! No ha sido así, lamentablemente, pero ahí queda tu magistral demostración de cómo plantearle la partida al destino, de como, al igual que en las películas de Ingmar Bergman, echarte un ajedrez con la muerte a pecho descubierto y hablándole de tu a tu a la reina

de negras.

Vuelvo a los poetas. Se puede encontrar consuelo en el dolor? Serrat, otro de nuestros magníficos, parece encontrarlo en la evocación de su propio fin. O, al menos, yo encuentro consuelo en Serrat:

**Y si un día para mi mal
viene a buscarme la parca,
empujad al mar mi barca
con un levante otoñal
y dejad que el temporal
desguace sus alas blancas.
Y a mi enterradme sin duelo
entre la playa y el cielo...
En la ladera de un monte,
mas alto que el horizonte.
Quiero tener buena vista.
Mi cuerpo será camino,
le daré verde a los pinos
y amarillo a la genista.**

No solo es abrir camino. No solo es hacer camino al andar. No solo es convertir en camino los surcos del azar. Es mucho más que eso. Gracias, Serrat, por el consuelo que encontramos en tu Mediterráneo, para mí, una de las más bellas canciones que conozco. Y gracias, Edgar, maestro, amigo, por los caminos que nos has abierto y, sobre todo, porque sigues, seguirás durante mucho tiempo, dando verde a los pinos y amarillo a la genista; seguirás alimentando nuestro talante y el de nuestra profesión.

Con Miguel Hernández, también encuentro en tu muerte, pero, especialmente, en la lección de tu vida, un hermoso rayo de esperanza:

Volverás a mi huerto y a mi

*higuera,
por los altos andamios de mis flores
pajareara tu alma colmenera
de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.*

No puede ser de otro modo. El consuelo, la esperanza, el único alivio, es recordarte. También lo decía Jorge Manrique:

*Así con tal entender,
Todos sentidos humanos
Conservados,
Cercado de su mujer
Y de sus hijos y hermanos
Y criados,
Dio el alma a quien se la dio
(En cual la dio en el cielo
En su gloria),
Que aunque la vida
Perdió
deja harto consuelo
su memoria.
Gracias, Edgar.*

No puedo encontrar un hasta siempre!!! Mas esperanzado y más hermoso que el final de la Elegía de Miguel Hernández:

*A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.*

Madrid, 11 de marzo de 2009, desde la distancia, pero muy cerca del duelo de mis queridos amigos de la profesión y de la universidad en Colombia y en América Latina.

Jorge Tua.